

MEMORIAS DEL PIRATA FRANCIS DRAKE

Por Andrés Felipe Ortiz Gordillo

Conocí a García Márquez por intermedio de un pirata que ofrecía sus libros en la ya desaparecida Galería Comercial Antonio Nariño, en la plazoleta de San Victorino de Bogotá. Tenía 19 años y acababa de ingresar, para desgracia o fortuna -el tiempo lo dirá-, a cursar primer semestre de Periodismo en la Universidad Central de Colombia. Venía de prestar el servicio militar obligatorio en la Policía Nacional, y aun no estaba seguro de aquella decisión inconsciente e irresponsable de convertirme en periodista por el resto de la vida.

De aquella época solo recuerdo haber pasado por encima de los convencionalismos pragmáticos que llevaban a los jóvenes a elegir una carrera que, a largo plazo, les permitieran vivir de una forma decente con un sueldo de oficinista. Yo, por el contrario, quería ser periodista. Pero no por un llamado de la vocación, aquel entusiasmo primigenio que ha llevado a algunos hombres a adquirir una responsabilidad frente al ejercicio de escribir el mundo, de relatar sus realidades más cercanas. Por el contrario, mi decisión también correspondió a un impulso funcional, "positivo", como lo diría un demagogo de la lengua.

En vista de mi incapacidad innata para los números -nunca he podido con una sencilla regla de tres-, las fórmulas químicas, los algoritmos, las ecuaciones, las moles y otros animales de aquellas pelambres científicas, determiné aclararme a mí mismo, de una vez por todas, por medio de un estudio personal, cuáles habían sido aquellas materias que menos se me dificultaban en aquel bachillerato mediocre que me había tocado por falta de dinero -y de ganas-,

reconozcámoslo. Y descubrí que tenía unas ciertas habilidades para el manejo del lenguaje, que me gustaba la lectura así no leyera -lo empezaba a hacer hasta ahora- y que me interesaba de una manera particular por aquellos acontecimientos cotidianos que sucedían en el mundo y que afectaban de alguna manera, mis ideas, la economía familiar, mi comportamiento, la estabilidad laboral de mi madre y otras cosas más.

Fue así como, sin saberlo, tomé la determinación vital de morirme de hambre, como muchos otros que ejercen la profesión, con el apoyo total de aquella que me parió, pasando por encima de aquel núcleo familiar lejano lleno de primos diseñadores y, sobre todo, ingenieros. Y como lo prometido es deuda, y si no fuera por aquel socorro generoso de la señora Blasina, quien me prodiga el alimento diario, seguro ya me habría muerto de inanición.

Ordenando el desorden

Estando en este proceso de acomodamiento a una nueva vida, una vida profesional distanciada varios años luz de las comodidades infantiles y de la adolescencia, llegó el profesor Hugo Avila a ordenar aquel espacio de desorden y de dicha que era mi propia mente. Él y otros de sus colegas. Pero más él, en mi caso, porque fue aquel ser pertinente, miembro de una familia de gitanos desarrapados de izquierda, quien llegó para poner en orden muchas de aquellas ideas tontas que zangoloteaban en mi cabeza. Fue él, precisamente, quien me corroboró que efectivamente la tierra era redonda como una naranja, y no plana como me habían hecho creer, como yo mismo lo había creído, por voluntad propia, desde siempre.

Después llegó Gabriel José García Márquez traído por él. Y me lo presentó sentado en un enorme galeón español en cuyo interior no había nada más que un apretado bosque de flores. Corrí a mi casa, deslumbrado por aquel descubrimiento de otros y no mío, hasta ese momento. Revolqué en aquella mísera biblioteca familiar que mi madre había logrado construir en sus años juveniles, para la educación de sus dos hijos. Sabía, estaba seguro, de que en aquel arrume de libros inservibles a la fecha, se encontraba un ejemplar de Cien Años de Soledad. Y lo encontré. Era una edición del Círculo de Lectores sacada al público en 1970, año en el que comenzaba a consumarse el reconocimiento mundial a aquel personaje universal venido de Aracataca, una población perdida en la leyenda.

El libro estaba intacto, a no ser por unos cuantos subrayados con lápices de colores. El amarillo lo había utilizado su primera propietaria, una señora amiga de mi madre que por la ausencia de su hijo había llenado de gatos su casa en el barrio Centenario de Bogotá, y que por haber caído en desgracia al perder su trabajo, ferió por unos cuantos pesos su desmedrado patrimonio familiar: una biblioteca de 500 libros, sus discos de toda la vida -más de 300-, joyas, muebles, porcelanas, portarretratos y cuadros. Solo se quedó con las camas de ella y de su anciana madre, un sofá que no pudo vender de lo viejo que estaba, el televisor con su respectiva mesa, una vitrola y una mesa de centro raspada en las patas. También dejó los álbumes de fotografías, porque pensó que aquellos recuerdos sólo le interesaban a ella.

Los repisados de color verde eran de la señora Blasina, hechos en los descansos de un trabajo que le obligó doce horas diarias por más de treinta años. En su carátula, el libro se encontraba ilustrado con un retrato de Ursula Iguarán, sentada en un rincón de su casa en

Macondo, ciega y en la decrepitud de su vida. Inmediatamente comencé a leerlo y así fue por más de dos horas, hasta cuando sentí la necesidad de comenzar a repisar yo también el texto con tinta de otro color. En un escritorio encontré un lápiz rojo. Pero el libro se encontraba en tan buen estado, que algo interno me obligó a no reteñir ni una sola frase.

El "delito" de rayar

Aún así, sentía la necesidad de subrayar aquellas partes que me parecían más interesantes, mejor logradas según mi incipiente sabiduría literaria. En alguna oportunidad, cuando me encontraba cursando décimo u onceavo grado, algún profesor de aquellos que llegan y se van, me encontró subrayando tenazmente un libro que era propiedad del colegio, es decir, propiedad común de todos los estudiantes. Aquel monigote erudito me llevó hasta la oficina del director y propietario del plantel, y me acusó de vandalismo, responsabilizándome, además, de otros tantos actos por el estilo que efectivamente yo había cometido.

Mi defensa, justa por lo demás, se centró en hacer ver a estas dos personas que, aunque tales "faltas" existían, no habían sido ejecutadas de mala fe. Desde aquel momento comprendí que para mí, aquella operación de distinguir ciertas partes de los textos, obedecía más al interés que tenía por resaltar, para recordar, todo aquello que me parecía interesante y que además podía compartir con otros, sin necesidad de desgastarme buscando y releendo todo aquello que de una u otra forma no me interesaba para nada.

Además, la operación obedecía también a una razón estética. Para mí, un libro que se encuentra en perfecto estado, sin tachones, sin

anotaciones a pie de página, sin un "ojo", sin un chulo, sin un asterisco, es un libro que no ha sido leído, o que fue leído pero no gustó, o no interesó y, sinceramente, un libro con estas características se convierte en el objeto más feo y menos práctico del universo.

Qué bueno encontrar un libro, de esos viejos que venden en el Centro Cultural de Bogotá, que se encuentra repisado, tachonado, es decir, releído por una o varias personas, y que al final pueden dar pistas sobre aquellas partes que son más interesantes o mejor logradas, y que contienen un sinnúmero de anotaciones personales que denotan el interés del lector.

Al final, y después de muchas discusiones, entendí un poco a medias que esta acción atenta contra el patrimonio común, sobre todo en las bibliotecas públicas. Pero esto también me ayudó, en el sentido de que ahora, cuando un libro prestado y común llega a mis manos y me parece interesante, procuro comprobar si verdaderamente me gusta como para comprarlo y, si es así, lo compro y lo rayo y lo tacho y vuelvo y lo rayo y vuelvo y lo tacho y no lo presto en venganza de todos aquellos que reprocharon mi acción. Esto fue precisamente lo que ocurrió con aquella edición de Cien años de soledad, ya no sólo patrimonio de la humanidad, sino patrimonio familiar, común.

En vista de aquel pudor grafitero, decidí comprar para mí solito una edición económica, ajustada a mi presupuesto de estudiante de periodismo muerto de hambre. Y es aquí donde aparece el pirata de mis fantasías, el Francis Drake de mi esperanza, aquel hombre que sentado en su local de libros viejos y piratas de la Galería Antonio Nariño en San Victorino, me surtió de su oro intangible por míseros dos mil, cuatro mil, seis mil o diez mil pesos. Vayan llamando a la policía porque yo también tengo que hacer una denuncia.

Aquel ejemplar de Cien Años de Soledad que compré en San Victorino, con la misma Ursula Iguarán sentada en su rincón vestida de negro, ciega y en la decrepitud de su existencia, me costó siete mil pesos, mientras que otra edición un poco más fina, con tapa dura, con lomo cosido y sin Ursula Iguarán, costaba en una conocida librería algo así como \$32.000. Y casi me consta que decían lo mismo, letra por letra, coma por coma, punto por punto.

Algunos leguleyos lectores me señalarán como corrompido, corrupto, ladrón incluso, sobre todo aquellos que fotocopian el Diccionario de las Ciencias Sociales, o a algunos autores teóricos tan de moda como Joseph Stiglitz -nobel de economía-, o Guillermo Orozco en Latinoamérica.

Estamos cansados de esperar a que las amigas de nuestras madres caigan en desgracia, para poder tener en nuestras manos una edición medianamente decente del autor del momento, del último best seller, sea este cual fuere, García Márquez o Deepak Chopra, Imre Kertesz -Nobel de literatura del 2002- o Paulo Coelho. Y estamos cansados de que nos toque manosear infinitamente los textos fragmentados que publican los medios de comunicación. Queremos ediciones completas, baratas y de buena calidad. Y digo queremos, porque como yo existen un número exagerado de compañeros de desgracia a los que el arriendo, los servicios públicos, las pensiones de la universidad y el colegio de los hijos, la comida, la vestida y la bebida diaria, no nos dejan los \$49.000 que vale el último libro de García Márquez, primero de una publicitada tríada. A duras penas tuvimos los siete mil pesos que costaba la edición especial que la Revista Cambio editó, con motivo de la aparición del libro de memorias del nobel. Todo,

para poder leer por lo menos aquel fragmento del tercer capítulo de la obra que allí aparecía, entre otros fragmentos que se publicaron en las Lecturas Dominicales del periódico El Tiempo y en la Internet.

Por todo esto y mucho más, malaventurada la hora en que se extermine a este fabuloso ser clandestino que es el pirata, quien en vez de asaltar y robar barcos por el Caribe, nos los trae rodeados de helechos y palmeras, blancos y polvorientos en la silenciosa luz de la mañana, ligeramente volteados a estribor, y en cuyas arboladuras intactas cuelgan las piltrafas escuálidas del velamen, entre jarcias adornadas de orquídeas. Es tiempo ya de hacer un reconocimiento sincero, más allá de los estigmas populares, a nuestro Francis Drake que comete arbitrariedades sin pensar en el negocio, aquel que roba propiedades intelectuales sin quedarse con ellas. Aquel que reparte a diestra y siniestra libros a dos mil, cuatro mil, seis mil y diez mil.

A aquellos otros -que los hay, y muchos-, los cuales solo piensan en el lucro, y se les ve sentados entre los monumentos escritos de la humanidad mirando para el techo, que los lleven a rastras y los pongan frente al pelotón de fusilamiento